

GARCÍA SANZ, BENJAMÍN. *Ruralidad emergente, posibilidades y retos*. MARM, Madrid, 2011. 538 pp.

La obra de Benjamín García Sanz, publicada por el Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino (MARM) en 2011, es un compendio de temas relacionados con la sociología rural, extenso, detallado, y sistemático. La estructura, con una introducción singular y cuatro partes diferenciadas, es clara y ordenada. La primera parte estudia las tendencias de la población rural; la segunda, la actividad rural; la tercera, que se desarrolla en varios capítulos de contenido territorial a distintas escalas, se dedica a la movilidad laboral, haciendo una valoración de esa movilidad por conjuntos espaciales y por tipos de habitantes rurales, otorgando un papel relevante a los encuestados, cuyas respuestas se recogen con mucha frecuencia. Finalmente, la última parte estudia la distribución de las rentas entre la población rural. Se puede decir que si algún lector pretende ponerse al día de ciertos temas relacionados con la sociología rural, cuya concepción está en discusión, los encontrará en esta obra, por cuanto su análisis, basado fundamentalmente en los datos del Censo de Población de 2001 y las Encuestas de Población Activa de entre 2007 y 2009, permite extraer y comparar una gran cantidad de información cuantitativa y, en menor medida, cualitativa. Por todo ello, la obra de B. García Sanz, en la que colaboran E. Alonso Población y S. Valles Martínez en varios capítulos de la parte dedicada a la movilidad laboral, es un trabajo serio, concienzudo y prolijo, y a veces esclarecedor.

La **Introducción** plantea si la población rural puede ser analizada como un “ecosistema social”, algo muy de moda. A mi modo de ver, es un capítulo artificial, que fuerza la comparación. La sociedad rural actual no puede ser analizada bajo la perspectiva de un ecosistema, porque se han perdido las tradicionales “relaciones” del hombre con el medio. Ahora

---

- Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros, n.º 235, 2013 (125-136).

los territorios rurales solo explotan las ventajas comparativas para producir algo, pero lo hacen de una manera artificial, aportando suministros (“inputs”) externos (abonos químicos, pesticidas, semillas certificadas, incluso OGM, agua de riego que no procede del propio lugar, sino a veces de distancias superiores a los 80 o 100 km...). Incluso los núcleos de poblamiento cuentan con elementos tan artificiales, como los urbanos. Por todo ello, es más una utopía que una realidad la afirmación del autor de que “es un reto que marcará el futuro de los pueblos el vivir en términos ecológicos, cerca de la ciudad, pero sin ser absorbido por ella” (p. 36). Es posible que eso se plantee y se cumpla, pero es dudoso que las sociedades que lo logren constituyan un ecosistema social, pues lo más probable es que se configuren como casas, bloques, núcleos, aldeas, pueblos completamente artificiales con algunos elementos que aprovechen mejor las ventajas que el medio ecológico ofrece, pero sin dejar de ser elementos alóctonos y artificiales.

Ya en la **Primera parte** el autor plantea un discurso rural sugestivo, muy querido y defendido por él desde hace muchos años (véase a este respecto en la misma Serie Estudios *Sociedad rural y desarrollo*, n.º 154, de 2003): las características de la nueva ruralidad, que la ejemplifica en “las tendencias de la población rural” (Parte I) y en la actividad rural (Parte II), aunque impregna también las dos partes restantes (III y IV). Empieza con un concepto cuestionable, que además no resulta coherente con las delimitaciones administrativas establecidas en la Ley de Desarrollo Sostenible del Medio Rural: la consideración de municipio rural como todo el que no alcanza los 10.000 hb. Y es que esta conceptualización cuantitativa no discrimina las tres categorías de poblamiento: urbano, rural y periurbano. Hay muchos municipios periurbanos, con dinámica urbana que, según esa consideración, serían rurales y no lo son en absoluto. Esto lleva al autor a hacer afirmaciones tan poco tamizadas como la de la página 55 relativa al balance de la población rural entre 1991 y 2001, pues habría caído en 78.398 personas, pero, como el balance vegetativo (restando a los que nacen los que mueren) fue negativo en 127.173 personas en ese período, cifra que supera en 50.000 hb a los que realmente perdió, resulta que habrían llegado al campo esos 50.000 habitantes. Estas reflexiones no sirven, ya que mezcla las tres categorías de poblamiento, puesto que los verdaderos pueblos rurales continúan perdiendo población y redu-

ciendo su tamaño, mientras los periurbanos van ganando población y rejuveneciéndose.

Desde esa perspectiva plantea un análisis por CCAA y ve que hay unas en las que el mundo rural crece, como Cataluña, País Vasco, Madrid..., otras estancadas y otras en decrecimiento. Es obvio que aquellas en las que crece lo hace por la expansión del mundo urbano: crecen los periurbanos; por ello, concluye que hay una pérdida de municipios rurales, que se convierten en “urbanos” estadísticos por superar el umbral de los 10.000 hb, y que, sin embargo, frente a la pérdida de municipios rurales hay un crecimiento mayor de la población rural. No obstante, el fenómeno es justamente inverso: hay una clara pérdida de población rural en los municipios rurales y un proceso de exurbanización y salida de la ciudad hacia el campo que hace que los municipios periurbanos formen cada vez más claramente parte de un tejido urbano con aspecto de rural; en ningún caso se trata de un dinamismo rural ni del crecimiento de la población rural, por más análisis y vueltas que dé a estos fenómenos y por más que una pequeña parte de ese “crecimiento rural” se deba al turismo rural y a la vuelta de los antiguos inmigrantes, además de a la llegada de extranjeros.

Precisamente, el capítulo III de esta Primera parte lo dedica a la inmigración extranjera. Hace un análisis prolijo, pormenorizado, de los inmigrantes rurales, por CCAA, por provincias, por sectores de actividad, por sexo y edad, comparándolos con los inmigrantes urbanos. Destaca la evolución de los inmigrantes por años y cómo ha ido descendiendo hasta empezar a caer en 2008. Comenta las consecuencias demográficas, económicas y sociales. Llamam poderosamente la atención los datos que aporta, extraídos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV 2008) de los inmigrantes, donde dice que sólo hay 1,7 M de inmigrantes con rentas (frente a los 5,6 M de inmigrantes totales), pero, a mi modo de ver, olvida los que trabajan en negro, en condiciones de a tiempo parcial o no declarados. Es demasiada la diferencia entre las dos situaciones, con la particularidad de que se hacen juicios de valor cuando afirma en la página 109 que los inmigrantes no eran necesarios para el desarrollo de España. Sin la aportación de la mano de obra extranjera en las tareas de recolección y manipulación de productos agrarios, en el pastoreo o en otras actividades agrarias, no funcionaría la cadena agroalimentaria, ni posiblemente otros

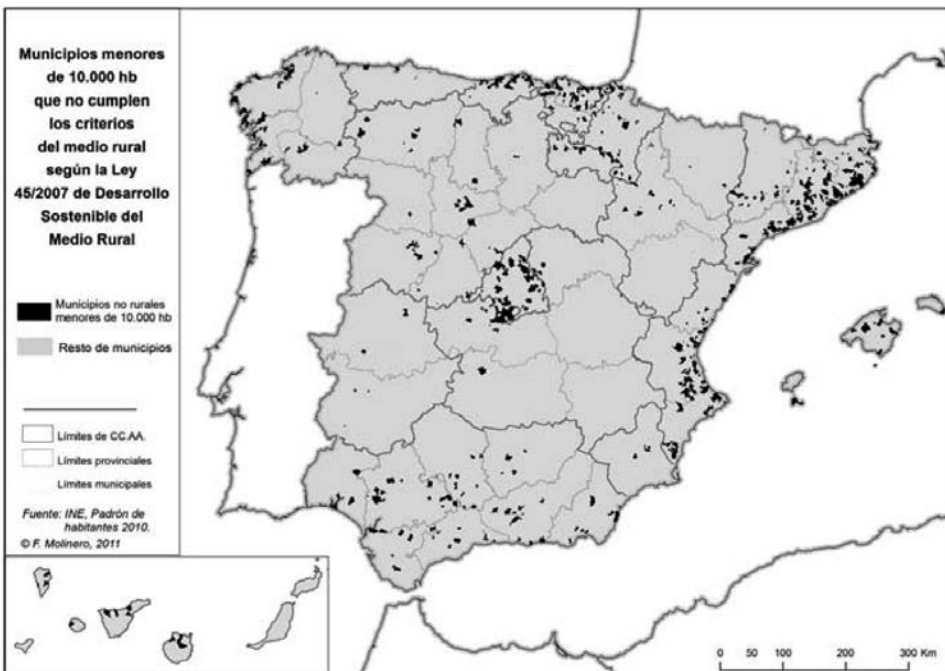
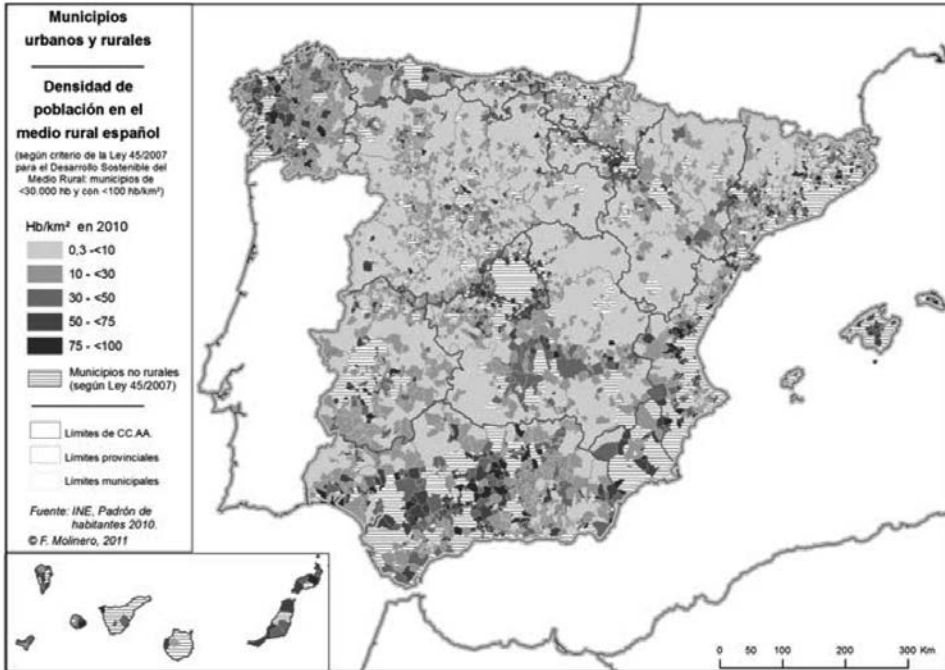
muchos sectores productivos. Se vierten otros juicios de valor a lo largo de la obra sobre el paro agrario en Andalucía y Extremadura o sobre la función de los sistemas de protección social, la participación de las mujeres en la vida política municipal, que no fundamenta.

En la **II Parte, sobre la actividad rural**, ataca a los “recalcitrantes” que sostienen que el mundo rural es un mundo agrario (p. 113), si bien añade que, aunque haya otros activos, son los agricultores los encargados de cuidar y sostener el medio ambiente rural, que tradicionalmente ha sido la base del sustento de los pueblos rurales, afirmación más propia de un habitante de la gran ciudad que de uno rural (p. 114), por más que insista en la importancia de la agricultura en el entramado de la actividad rural (p. 115). Añade el autor que la agricultura penetra la ruralidad, porque, además de los agricultores, hay una porción significativa de jubilados con explotación agraria (= 32%), más los cónyuges y las Ayudas Familiares, lo que aporta un balance de más de 2,1 millones de personas comprometidas con la agricultura en el mundo rural. No obstante, analiza también los otros sectores de actividad, destacando la importancia de la industria y, sobre todo, de los servicios, sin tener en cuenta esa condición de los municipios periurbanos o, incluso, de los turísticos costeros, que realmente han generado en España un nuevo tipo de poblamiento (el turístico) y que no son rurales, por más que estén por debajo de los 10.000 hb. Así, destaca el autor que la EPA de 2009 cuantifica en 511.000 los activos en la agricultura rural y en 811.000 en la industria rural; pero estos datos están afectados por los mismos problemas conceptuales comentados respecto a la definición de “lo rural”, dado que incluye los municipios periurbanos, con una estructura de la población activa que no tiene nada que ver con la del mundo rural y, sin embargo, el autor clasifica tanto a éste como a otros muchos periurbanos y turísticos como municipios rurales. Ofrece un chorro constante de información de activos, ocupados y parados, que puede llegar a perfilar los caracteres de la sociedad rural.

En los servicios, el gran sector emergente en el mundo rural, trabajarían 2,6 millones de personas, el 52% de los activos. Insiste en que son el futuro del mundo rural, en contra de lo que toda la vida se ha pensado, estimando que el mundo rural es un espacio de carencia de servicios, que el autor contradice persistentemente, por considerar rurales a los periur-

banos y a los turísticos. Hace un análisis sistemático del empleo por sector, por sexo y edad, por tamaño de municipio, aunque no jerarquizado por factores cualitativos, como la condición, o no, de cabecera comarcal, de periurbano, de turístico, o según la distancia a la ciudad, criterios que están ausentes. Por ello, sigue con la misma idea, manteniendo que los servicios están creciendo en el mundo rural, y especialmente el comercio, la hostelería, la educación, la sanidad, pero es evidente que los núcleos periurbanos aportan muchos de esos servicios, como las grandes superficies que se asientan en esas áreas periurbanas...

Esta segunda parte llama la atención por sostener la tesis de la importancia de los servicios, contraria a las carencias manifiestas de servicios rurales. Parece demostrar esa importancia con los datos, pero siempre a partir de esa definición de lo rural inadecuada. Bastaría con atenerse a la definición de la Ley 45/2007 de Desarrollo Sostenible del Medio Rural: municipios menores de 30.000 hb y con menos de 100 hb/km<sup>2</sup>. El resultado hubiera sido muy diferente, pues habría que añadir 18 municipios que están entre los 10.000 y los 30.000 hb y habría que eliminar un gran número de los municipios incluidos en esta obra, dado que sobrepasan los 100 hb/km<sup>2</sup> de densidad. Procesando en un SIG (Sistema de Información Geográfica) los datos básicos de los municipios de España y seleccionando solo los que cumplen esas dos condiciones, tendríamos un total de 6.655 municipios integrantes del medio rural de España, que tendrían 8,1 M hb (= 18% de la población española), que representarían un 13,8% de los ocupados en España y que se distribuirían del modo siguiente en las cuatro ramas de empleo: 25% en la agricultura, 17% en la construcción, 19% en la industria y 39% en los servicios (según Padrón de cotizantes a la Seguridad Social en junio de 2007). Estos datos se apartan significativamente de los que aporta el autor según la EPA de 2009 (a veces 2008), porque la EPA da información por tamaño de municipio, sin discriminación de rurales y urbanos. De hecho, si tomamos la definición de García Sanz, los municipios rurales de España sumarían 7.363 en 2010, con una población de 9,92 millones, o sea, 708 municipios más de los que contempla la Ley 45/2007, con la particularidad de que esos municipios menores de 10.000 hb albergan 1,82 millones de habitantes más, es decir, que el autor está trabajando sobre una población rural del orden de un 27% mayor que la real, lo cual desfigura los resultados obtenidos (véanse mapas).



En la **parte tercera sobre la movilidad laboral** se hace una valoración cuantitativa y cualitativa de los desplazamientos laborales en el medio rural, comparándolos con los del medio urbano. Afirman los autores que el 30% de los trabajadores españoles se mueven desde el municipio de residencia al de trabajo, tasa que en el medio rural aumentaría hasta el 40%, de modo que cuanto más grande es un municipio menos movilidad laboral tiene. Hacen un estudio por regiones, afirmando que en las CCAA “minifundistas” (*sic*), (Galicia, Castilla y León...) hay menos movilidad que en las “latifundistas” (*sic*) (Murcia, Andalucía...). Pasan después a un análisis sectorial (construcción, servicios, ...) según el Censo de 2001, demasiado lejano. Está claro que, si la población sale de la ciudad hacia el periurbano y que si la ciudad es la que ofrece más trabajo, la movilidad se convierte en una necesidad. Constatan que cuanto más cultos son los trabajadores menos se integran en la movilidad rural. Esta parte está salpicada de testimonios de los encuestados sobre las causas que los obligan a moverse, sobre los vínculos que mantienen con los que no se mueven del pueblo, etc. Pero falta análisis cualitativo y conclusiones más fundamentadas. En resumen, el planteamiento que hace de los “nuevos escenarios de la ruralidad” se mueve en un terreno excesivamente “plano” y no efectúa análisis que pongan de manifiesto las debilidades, fortalezas y oportunidades de esa “nueva ruralidad”. Por otra parte, en un país tan complejo territorial y socialmente como España, las conclusiones generalistas no ayudan a esclarecer los fenómenos.

La **parte cuarta, sobre las rentas rurales**, está basada en la Encuesta de Condiciones de Vida de 2008. Comprueba que los hogares rurales tienen rentas inferiores a los urbanos. Las cuantifica, discriminando situaciones, por sexo, edad, situación laboral, por comunidad autónoma... y hace un análisis prolijo, minucioso y sistemático de la fuente. Insiste en la diversificación de las rentas rurales y en el mayor envejecimiento de la población y de los perceptores de rentas, causa de la caída relativa de las rurales con respecto a las urbanas, debido a la parquedad de las pensiones. Además, los hogares regidos por mujeres rurales perciben un 14% menos de rentas que los regidos por hombres, si bien esa proporción se acerca mucho a la del medio urbano. Esta última parte tiene interés, a pesar de su reiteración. En sus cinco capítulos va desgranando los ingresos de los hogares

rurales, los ingresos por persona, los de los jóvenes, los de las mujeres y las rentas de los jubilados de una manera sistemática, comparándolos con los ingresos de la población urbana y discriminando el análisis por comunidades autónomas. Facilita enormemente la lectura de estos capítulos, al igual que la de los anteriores, la estructura que plantea, pues empieza con una introducción clara y enunciativa y, tras un análisis detallado de los datos, acaba con un resumen. Concede especial relevancia a tres grupos de agentes y factores del medio rural, los jóvenes, las mujeres y los jubilados. Y es precisamente este último colectivo, estudiado en último lugar, el de mayor peso y, al que, al decir del autor, hay que dedicar soluciones imaginativas para hacer de la dependencia un arma de lucha contra la despoblación y el desarraigo rural.

En suma, se trata de una aproximación a diversos temas de sociología rural de España, con un extenso y sistemático estudio del mundo rural español y, sobre todo, del “rural” más cambiante, que corresponde al de los espacios periurbanos. El autor, condicionado por las fuentes, no ha podido discriminar la dualidad del rural profundo y el rural dinámico, que básicamente coincide con los municipios periurbanos menores de 10.000 hb, con los centros comarcales y con los espacios privilegiados de costa y de montaña, que atraen a grandes masas de turistas. La falta de este análisis, es una de las críticas que he pretendido hacer a esta obra, que, sin embargo, puede leerse con provecho, a pesar de su pecado original de una conceptualización equivocada de “lo rural”. Tampoco debemos pasar por alto un cierto tinte ideológico que impregna la obra de juicios de valor, poco fundamentados, respecto a los inmigrantes rurales, que tanto están contribuyendo al sostenimiento del campo.

FERNANDO MOLINERO HERNANDO

Dpto. Geografía. Universidad de Valladolid

GARRIDO, ALBERTO (Coordinador). *Indicadores de sostenibilidad de la agricultura y ganadería españolas*. Ed. Fundación Cajamar Almería (2011)

Esta publicación, procedente de un encargo de la Plataforma Tecnológica de agricultura sostenible, ofrece una visión integrada y general de los prin-